

EL ORDEN MUNDIAL DE BAHÁ'U'LLÁH

Cartas seleccionadas

SHOGHI EFFENDI

LA META DE UN NUEVO ORDEN MUNDIAL

Título original en inglés:
The World Order of Bahá'u'lláh

Primera edición en inglés, 1938, Bahá'í Publishing Trust,
Wilmette, Illinois 60091-2844

Traducción aprobada por el Panel Internacional de
Traducción de Literatura Bahá'í al Español:

https://drive.google.com/file/d/1vdsxTonk79vSs_n-InAyIVPFVZOAgFMb/view?pli=1

El libro completo en físico y en español puede ser adquirido en:
<https://editorialbahai.com/product/el-orden-mundial-de-bahaullah-cartas-seleccionadas/>

INTRODUCCIÓN

Las comunicaciones de carácter general que el Guardián de la Fe bahá'í envió a la comunidad bahá'í norteamericana entre 1922 y 1929 explicaban y estimulaban el desarrollo de las instituciones administrativas creadas por Bahá'u'lláh y promulgadas por 'Abdu'l-Bahá en Su Voluntad y Testamento. Estas cartas han sido publicadas en el volumen titulado *Bahá'í Administration*, que es la fuente de información sobre las instituciones de las Asambleas Espirituales Locales y Nacionales, la Convención Anual y la naturaleza de las relaciones que unen orgánicamente a los bahá'ís en su adoración y en sus actividades colectivas.

Las cartas que ahora reunimos y publicamos bajo el título de *El Orden Mundial de Bahá'u'lláh* tienen un objetivo diferente y un alcance mucho mayor. Estas comunicaciones posteriores exponen una clara visión de la relación existente entre la comunidad bahá'í y todo el proceso de evolución social que va a tener lugar durante la Dispensación de Bahá'u'lláh. Ya se había dejado bien clara la diferencia fundamental que hay entre la comunidad bahá'í y las sectas y grupos de las religiones anteriores, pero el presente volumen sitúa al Orden Administrativo Bahá'í como el núcleo y el modelo de la civilización mundial que está surgiendo por inspiración divina en este trascendental momento de la historia humana. Por ello, este

volumen, al tiempo que representa la continuación de la especial tarea que se impuso el Guardián en cuanto a la enseñanza y orientación de los bahá'ís a lo largo del desarrollo de una Fe que maduraba rápidamente, revela toda la amplitud y extensión en que se aplica el Mensaje de Bahá'u'lláh al mundo de la humanidad y no solamente a los creyentes de esta época. El título y el subtítulo no formaban parte del texto original, sino que han sido añadidos, con la aprobación de Shoghi Effendi, para comodidad del lector.

En *El Orden Mundial de Bahá'u'lláh*, se nos permite captar la trascendencia de la nueva dimensión que Bahá'u'lláh dio a la religión en esta era: la supremacía de la Ley Divina en el ámbito de la civilización, llevando así a su culminación la supremacía que en dispensaciones anteriores había ejercido la religión sobre los individuos. La exposición que Shoghi Effendi hace de las Enseñanzas y su singular percepción del objetivo y propósito últimos de la Revelación de Bahá'u'lláh no se quedan en un árido comentario sobre un texto sagrado, sino que constituyen la propia esencia de la nueva forma de gobernar el mundo, explicada justo en el momento en que el hombre siente la apremiante necesidad de introducir este tipo de cambios. Ya no tienen que recurrir los bahá'ís al Testamento escrito de 'Abdu'l-Bahá para demostrar la existencia de la Guardianía: las sucesivas comunicaciones de Shoghi Effendi, y en particular las que tratan sobre el Orden Mundial, constituyen por sí solas la más elevada demostración de que el Espíritu de Bahá'u'lláh sigue bendiciendo a Su Causa y asegurando la victoria de la misma en la reconciliación de los pueblos de la tierra y su unión en «una sola Fe y un solo Orden».

Para quienes se sienten inclinados a creer que incluso la realización práctica del imponente sueño del «retorno de Cristo» no significaría nada más que la reivindicación de la espiritualidad personal y la rectitud individual, la idea de que la religión le ofrece una ley a la nación es la noción más revolucionaria que puede venirle a la mente al hombre. *«Pues debiéramos reconocer sin reservas que Bahá'u'lláh no solo ha imbuido a la humanidad de un nuevo Espíritu regenerador. No se ha limitado a enunciar ciertos principios universales o a exponer determinada filosofía, por muy poderosos, sólidos y generales que sean. Además de estos, Él, al igual que 'Abdu'l-Bahá posteriormente y a diferencia de las Dispensaciones del pasado, ha puesto por escrito de manera clara y explícita un conjunto de Leyes, ha establecido instituciones concretas y ha dispuesto los puntos esenciales de una Economía Divina. Estos están destinados a conformar un patrón para la sociedad futura, un instrumento supremo para el establecimiento de la Más Grande Paz, y el organismo único para la unificación del mundo y la proclamación del reino de la rectitud y la justicia en la tierra». [...]«¿No requiere el propio funcionamiento de las fuerzas que actúan a favor de la unidad del mundo que el Portador del Mensaje de Dios en este día no solo reitere la misma exaltada norma de conducta personal inculcada por los Profetas anteriores a Él, sino que encarne en Su llamamiento, dirigido a todos los gobiernos y pueblos, los elementos esenciales de ese código social, esa Economía Divina, que debe guiar los esfuerzos concertados de la humanidad por establecer aquella federación omnímoda que ha de señalar el advenimiento del Reino de Dios en esta tierra?».*

Unas palabras como éstas, cargadas con la potencia de una Fe que no es meramente un libro puesto por escrito, sino el propio Espíritu dinámico que está transformando la vida del mundo entero, convierten a *El Orden Mundial de Bahá'u'lláh* en una obra de suma importancia para todo buscador sincero, no solo para los bahá'ís. Teniendo presente el caos internacional actualmente imperante, estas palabras nos revelan la Verdad más trascendental de esta época, a saber, que la concepción antigua de la religión, que separaba la espiritualidad de las funciones básicas de la civilización, obligando a las gentes a acatar principios de fe, políticos y económicos que estaban en conflicto, ha sido destruida para siempre. El mandamiento «Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César» ha sido derogado por la ley de la unidad de la humanidad, revelada por Bahá'u'lláh.

«Los jefes religiosos, los partidarios de teorías políticas, los directores de instituciones humanas, que en la actualidad presencian con perplejidad y consternación el fracaso de sus ideas y la desintegración de su obra, harían bien en volver la mirada a la Revelación de Bahá'u'lláh y meditar sobre el Orden Mundial que, guardado en Sus enseñanzas, surge lenta e imperceptiblemente en medio del caos y la confusión de la civilización actual».

Horace Holley

LA META DE UN NUEVO ORDEN MUNDIAL

Correligionarios en la Fe de Bahá'u'lláh:

La marcha inexorable de los acontecimientos recientes ha llevado a la humanidad tan cerca de la meta prefigurada por Bahá'u'lláh, que ningún responsable seguidor de Su Fe, al contemplar por doquier las dolorosas pruebas de las tribulaciones del mundo, puede permanecer indiferente ante la idea de su próxima liberación.

No parecería inapropiado reflexionar, a la luz de las enseñanzas que Él legó al mundo, acerca de los acontecimientos que han tendido a acelerar el gradual surgimiento del Orden Mundial previsto por Bahá'u'lláh, en estos momentos en que conmemoramos en todo el orbe el término de la primera década que ha transcurrido desde la repentina desaparición de 'Abdu'l-Bahá de nuestro medio.

Hace hoy diez años se extendió rápidamente por el mundo la noticia del fallecimiento del Único que, mediante la ennoblecedora influencia de Su amor, fortaleza y sabiduría, podría haberle servido de puntal y solaz en las numerosas aflicciones que estaba destinado a padecer.

Qué bien podemos todavía recordar nosotros, el pequeño grupo de Sus seguidores declarados que sostenemos haber reconocido la Luz que brillaba en Él, Sus repetidas alusiones, en el ocaso de Su vida terrenal, a las tribulaciones y el tumulto que afligirían cada vez más a una humanidad descarriada. Con qué dolor podemos algunos recordar Sus significativas observaciones, en presencia de la muchedumbre de peregrinos y visitantes que llegaron a Sus puertas al día siguiente de las jubilosas celebraciones con que se festejó el fin de la Guerra Mundial, guerra que por los horrores que provocó, las pérdidas que trajo consigo y las complicaciones que engendró estaba destinada a ejercer una influencia de tan largo alcance en el destino de la humanidad. Con qué serenidad, mas con qué fuerza, destacó Él el cruel engaño que un Pacto, aclamado por pueblos y naciones como la encarnación de la justicia triunfante y el infalible instrumento de una paz perdurable, le depararía a una humanidad impenitente. Paz, paz, proclaman sin cesar los labios de potentados y pueblos, en tanto que el fuego de odios sin apagar todavía arde en sus corazones. Cuántas veces, mientras el tumulto del entusiasmo triunfalista estaba todavía en su apogeo y mucho antes de que pudieran sentirse o expresarse los más leves recelos, Le oímos alzar Su voz para declarar con seguridad que el documento ensalzado como la Carta de una humanidad liberada contenía en su seno semillas de tan amargo engaño que esclavizarían aun más al mundo. ¡Qué numerosas son ahora las evidencias que atestiguan la perspicacia de Su certero juicio!

Diez años de agitación incesante, tan marcados por la angustia, tan llenos de consecuencias incalculables para

el futuro de la civilización, han llevado al mundo al borde de una catástrofe demasiado horrenda para contemplar. Triste es por cierto el contraste entre las manifestaciones de confiado entusiasmo a que se entregaron sin reservas los plenipotenciarios en Versalles y el abierto clamor de angustia que vencedores y vencidos por igual elevan ahora en la hora de la amarga desilusión.

UN MUNDO HARTO DE GUERRAS

Ni la fuerza que han reunido los artífices y garantes de los Tratados de Paz, ni los elevados ideales que en un principio animaron al autor del Pacto de la Liga de Naciones, han demostrado ser baluarte suficiente contra las fuerzas de desorganización interna que constantemente han atacado esa estructura ideada tan laboriosamente. Ni las disposiciones del presunto Acuerdo que han tratado de imponer las potencias victoriosas, ni el mecanismo de una institución concebida por el ilustre y previsor Presidente de los Estados Unidos han demostrado ser, ni en su concepción ni en la práctica, instrumentos suficientes para asegurar la integridad del Orden que se han esforzado por establecer.

«Los males que padece el mundo hoy día se multiplicarán —escribía 'Abdu'l-Bahá en enero de 1920—; la lóbreguez que lo envuelve se espesará. Los Balcanes permanecerán descontentos; su inquietud aumentará; las potencias derrotadas continuarán promoviendo la agitación; recurrirán a cualquier medida para volver a encender la llama de la guerra. Ciertos movimientos surgidos hace poco y de alcance mundial harán el mayor

esfuerzo para lograr sus propósitos. El movimiento de izquierda adquirirá gran importancia. Su influencia se extenderá».

Desde que fueron escritas esas palabras, la zozobra económica junto con la confusión política, los trastornos financieros, la agitación religiosa y la animosidad racial parecen haber conspirado para incrementar desmesuradamente la agobiante carga que padece un mundo empobrecido y harto de guerras. Tal ha sido el efecto acumulativo de estas crisis que se suceden una tras otra con tan alarmante rapidez, que tiemblan los propios cimientos de la sociedad. A cualquier continente que volvamos la mirada, a cualquier región, por remota que sea, que se extienda nuestro examen, vemos que el mundo se halla atacado por fuerzas que no puede explicar ni controlar.

Europa, hasta ahora considerada la cuna de una muy encomiada civilización, portadora de la antorcha de la libertad y eje de las fuerzas de la industria y el comercio del mundo, está perpleja y paralizada ante el espectáculo de tan tremendo trastorno. Se ponen a prueba ideales largamente acariciados en las esferas política y económica bajo la presión de fuerzas reaccionarias, por una parte, y de un radicalismo insidioso y persistente, por otro lado. Desde el corazón de Asia, ruidos distantes, siniestros e insistentes, presagian la firme embestida de un credo que, por su negación de Dios, de Sus Leyes y Principios, amenaza con destruir los cimientos de la sociedad humana. El clamor de un naciente nacionalismo, unido al recrudescimiento del escepticismo y el descreimiento, son otros infortunios más que llegan a un continente hasta ahora considerado el símbolo de una estabilidad secular y de una resignación inmutable. Desde la oscura África se

perciben cada vez más las primeras sacudidas de una revuelta consciente y decidida contra los fines y métodos del imperialismo político y económico, aportando así su parte a las crecientes vicisitudes de una era turbulenta. Ni siquiera Estados Unidos, que hasta hace muy poco se enorgullecía de su política tradicional de autarquía y de la autonomía de su economía, de la invulnerabilidad de sus instituciones y de las evidencias de su creciente prosperidad y prestigio, ha podido resistir las fuerzas impelentes que los han lanzado al torbellino de un huracán económico que ahora amenaza con deteriorar la base de su vida industrial y económica. Hasta la remota Australia, de la cual se hubiera esperado quedaría inmune a las desgracias y padecimientos de un continente enfermo, dada su lejanía de los borrascosos centros europeos, ha sido atrapada en este remolino de pasión y luchas, incapaz de desembarazarse de su engañosa influencia.

LOS SIGNOS DE CAOS INMINENTE

De hecho nunca ha habido trastornos fundamentales tan extendidos, sea en las esferas social, económica o política de la actividad humana, como los que hay ahora en distintas partes del mundo. Nunca han existido tantas y tan variadas fuentes de peligro como las que ahora amenazan la estructura de la sociedad. Las siguientes palabras de Bahá'u'lláh son realmente significativas cuando nos detenemos a reflexionar acerca del estado actual de un mundo en extraño desorden: *«¿Hasta cuándo persistirá la humanidad en su descarrío? ¿Hasta cuándo continuará la*

injusticia? ¿Hasta cuándo reinarán el caos y la confusión entre los hombres? ¿Hasta cuándo agitará la discordia la faz de la sociedad? Los vientos de la desesperación, lamentablemente, soplan desde todas direcciones, y la contienda que divide y aflige a la raza humana crece día a día. Los signos de convulsiones y caos inminentes pueden discernirse ahora, por cuanto el orden prevaleciente resulta ser deplorablemente defectuoso».

La inquietante influencia de más de treinta millones de almas que viven en condiciones minoritarias en todo el continente europeo; el inmenso y creciente ejército de desocupados con su carga aplastante e influencia desmoralizadora sobre gobiernos y pueblos; la perversa y desenfrenada carrera armamentista que devora una porción cada vez mayor de los bienes de naciones ya empobrecidas; la total desmoralización de que padecen crecientemente los mercados financieros internacionales; la embestida de la secularización que invade los que anteriormente eran considerados baluartes inexpugnables de la ortodoxia cristiana y musulmana: todos éstos son los síntomas que se destacan como los más graves que vaticinan males para la futura estabilidad de la estructura de la civilización moderna. No debe sorprendernos que uno de los más eminentes pensadores de Europa, famoso por su sabiduría y prudencia, se haya visto forzado a hacer una afirmación tan audaz: «El mundo está pasando por la crisis más grave de la civilización». Otro ha escrito: «Nos hallamos ante una catástrofe mundial, o, quizás, ante el amanecer de una más grande era de verdad y sabiduría». Y agrega: «Es en momentos como éstos cuando las religiones perecen y nacen».

¿Acaso no podemos ya advertir, al examinar el horizonte político, la instauración de esas fuerzas que otra vez dividen al continente europeo en grupos de combatientes potenciales, decididas a llevar adelante una contienda que puede señalar, a diferencia de la última guerra, el fin de una época, de una vasta época en la historia de la evolución humana? ¿Estamos llamados nosotros, los privilegiados custodios de una Fe inapreciable, a presenciar un cambio catastrófico, políticamente tan fundamental y espiritualmente tan beneficioso como el que precipitó la caída del Imperio Romano de Occidente? ¿Acaso no podría suceder —bien podría reflexionar todo seguidor atento de la Fe de Bahá'u'lláh— que de esta erupción mundial surgiesen fuerzas de una energía espiritual tal que evocasen, o incluso eclipsasen, el esplendor de aquellas señales y prodigios que acompañaron al establecimiento de la Fe de Jesucristo? ¿Acaso no podría emerger de la agonía de un mundo debilitado un renacimiento religioso de tanto alcance y poder que trascendiera la potencia de aquellas fuerzas rectoras del mundo con que las Religiones del pasado consiguieron, en determinados períodos y de acuerdo con una Sabiduría inescrutable, hacer revivir el destino de edades y pueblos decadentes?

¿Acaso no podría, por sí misma, la quiebra de esta civilización actual, jactanciosa y materialista, eliminar las malezas que ahora impiden el desarrollo y el futuro florecimiento de la batalladora Fe de Dios?

Que el propio Bahá'u'lláh derrame la luz de Sus palabras a nuestro paso, a medida que nos abrimos camino por las celadas y las miserias de esta era turbulenta. Hace más de cincuenta años, en un mundo muy alejado de los males y de las desgracias que ahora lo

atormentan, fluyeron de Su pluma estas proféticas palabras: *«El mundo padece y su agitación aumenta día a día. Su rostro se ha vuelto hacia el descarrío y la incredulidad. Tal será su condición, que exponerla ahora no sería apropiado ni correcto. Su perversidad continuará por largo tiempo. Y cuando llegue la hora señalada, aparecerá súbitamente aquello que hará temblar los miembros del cuerpo de la humanidad. Entonces, y sólo entonces, será desplegado el Estandarte Divino, y el Ruiseñor del Paraíso gorjeará su melodía».*

LA IMPOTENCIA DE LOS ESTADISTAS

Muy queridos amigos: La humanidad, ya sea vista a la luz de la conducta individual de los seres humanos o de las relaciones existentes entre comunidades organizadas y naciones, lamentablemente se ha desviado demasiado y ha sufrido un declive demasiado grande para ser redimida mediante los esfuerzos aislados de sus reconocidos gobernantes y estadistas, por desinteresadas que sean sus motivaciones, por decidida que sea su acción, por incansables que sean en su celo y devoción a su causa. Ningún plan que puedan diseñar los mejores estadistas; ninguna doctrina que esperen promover los más distinguidos exponentes de la teoría económica; ningún principio que se esfuercen por inculcar los más fervientes moralistas: nada de ello podrá proporcionar, en última instancia, los cimientos apropiados sobre los cuales pueda erigirse el futuro de un mundo frenético. Ninguna apelación a la tolerancia mutua que puedan hacer los entendidos en asuntos mundiales, por apremiante e insistente que sea,

puede calmar sus pasiones o ayudarle a recuperar el vigor. Ni tampoco ningún plan general de mera cooperación internacional organizada, en cualquier esfera de actividad humana y por ingeniosa que sea su concepción y amplio su alcance, logrará erradicar la causa de fondo del mal que ha trastornado tan repentinamente el equilibrio de la sociedad actual. Me atrevo a afirmar que ni siquiera la acción misma de inventar el mecanismo requerido para la unificación política y económica del mundo —principio propugnado cada vez más en los últimos tiempos— puede por sí sola suministrar el antídoto contra el veneno que sin parar está minando el vigor de pueblos y naciones organizadas. Confiadamente podemos preguntar: ¿Qué otra cosa que nosea la aceptación sin reservas del Programa Divino enunciado por Bahá'u'lláh, con tanta simplicidad y fuerza hace sesenta años, el cual encarna en sus elementos fundamentales el esquema divino ordenado por Dios para la unificación de la humanidad en esta era, junto con una férrea convicción de la infalible eficacia de la totalidad de sus disposiciones, será finalmente capaz de resistir las fuerzas de desintegración interna que, de no ser frenadas, seguirán necesariamente carcomiendo las entrañas de una sociedad desesperada? Es esta meta —la meta de un nuevo Orden Mundial, divino en su origen, omnímodo en sus alcances, equitativo en sus principios y desafiante en sus rasgos— por la que ha de esforzarse una humanidad hostigada.

Sería presuntuoso, aun para los seguidores declarados de Su Fe, sostener que se han comprendido todas las repercusiones del prodigioso plan de Bahá'u'lláh para la solidaridad humana mundial o que se ha desentrañado su significado. Sería prematuro, aun en una etapa tan avanzada

de la evolución de la humanidad, pretender vislumbrarlo en todas sus posibilidades, estimar sus beneficios futuros e imaginar su gloria.

LOS PRINCIPIOS RECTORES DEL ORDEN MUNDIAL

Todo cuanto podemos razonablemente intentar es esforzarnos por captar un resplandor fugaz de los primeros rayos de la Aurora prometida que, con el correr del tiempo, ha de ahuyentar las tinieblas que han rodeado a la humanidad. Lo único que podemos hacer es señalar, en su perfil más amplio, los que parecen ser los principios rectores que sirven de base al Orden Mundial de Bahá'u'lláh, tal como fueron ampliados y enunciados por 'Abdu'l-Bahá, Centro de Su Alianza con toda la humanidad y nombrado Intérprete y Expositor de Su Palabra. Sólo una mente prejuiciosa se negaría a admitir el hecho de que el desorden y sufrimiento que

afligen a la mayoría de la humanidad son en gran medida consecuencia directa de la Guerra Mundial y se atribuyen a la insensatez y desatino de los redactores de los Tratados de Paz. Ninguna mente imparcial pondría en duda que las obligaciones financieras contraídas en el curso de la guerra, así como la imposición a los vencidos de una agobiante carga de reparaciones, han sido, en gran medida, causa de la mala distribución y consiguiente déficit de las reservas mundiales de oro, lo que a su vez en gran medida ha acentuado la caída desmesurada de precios y, por ende, ha aumentado implacablemente las cargas que abruman a los países empobrecidos. No es menos evidente para un observador imparcial que las

deudas intergubernamentales han sometido al grueso de la población de Europa a tremendas presiones, han desequilibrado los presupuestos nacionales, han mutilado las industrias nacionales y han hecho elevarse la cantidad de desocupados. Hasta el observador más superficial ha de admitir sin dificultad la verdad de que el espíritu de venganza, de desconfianza, de miedo y rivalidad engendrado por la guerra, que las disposiciones de los Tratados de Paz han ayudado a perpetuar y fomentar, ha conducido a un enorme incremento de competencia armamentista entre las naciones, lo cual representó el año pasado un gasto conjunto de más de mil millones de libras y a su vez ha acentuado los efectos de la depresión mundial. Pocos se atreverían a discutir el hecho de que un nacionalismo estrecho y brutal, reforzado por la teoría de posguerra de la autodeterminación, ha sido la causa principal de la política de aranceles elevados y prohibitivos, tan perjudiciales para el normal flujo de comercio internacional y para el mecanismo financiero internacional.

Sin embargo, sería inútil sostener que la guerra, a pesar de todas las pérdidas que conllevó, las pasiones que despertó y los resentimientos que dejó a su paso, ha sido por sí sola responsable de la confusión sin precedentes en que se hallan inmersos en la actualidad casi todos los sectores del mundo civilizado. ¿Acaso no es un hecho —y esta es la idea central en la que deseo hacer hincapié— que la causa fundamental de este desorden mundial debe atribuirse no tanto a las consecuencias de lo que tarde o temprano ha de ser considerado un desarreglo transitorio de este mundo en continuo cambio, sino más bien a que aquéllos en cuyas manos se ha encomendado el destino

inmediato de pueblos y naciones no adaptan su sistema de instituciones económicas y políticas a las imperiosas necesidades de una era en rápida evolución? ¿Estas crisis intermitentes que convulsionan a la sociedad actual, acaso no se deben principalmente a la lamentable incapacidad de los líderes reconocidos del mundo para interpretar correctamente los signos de la época, librarse de una vez por todas de sus ideas preconcebidas y credos paralizadores, remodelar la maquinaria de sus respectivos gobiernos de acuerdo con las pautas ínsitas en la suprema declaración de Bahá'u'lláh acerca de la Unicidad de la Humanidad, rasgo principal y distintivo de la Fe por Él proclamada? Pues el principio de la Unicidad de la Humanidad, piedra angular del dominio omnímodo de Bahá'u'lláh, implica ni más ni menos que la puesta en vigor de Su diseño para la unificación del mundo, un diseño al que ya nos hemos referido.

«En toda Dispensación —escribe ‘Abdu’l-Bahá—, la luz de la Guía Divina ha sido dirigida a un tema central. [...] En esta maravillosa Revelación, en este glorioso siglo, el cimiento de la Fe de Dios y el rasgo distintivo de Su Ley lo constituye la consciencia de Unicidad de la Humanidad».

Qué patéticos son realmente los esfuerzos de esos directores de las instituciones humanas que, con total indiferencia hacia el espíritu de la época, procuran adaptar los procesos nacionales, apropiados para los antiguos días de naciones autárquicas, a una época que, o bien debe lograr la unidad del mundo tal como esbozó Bahá'u'lláh, o bien perecer. En una hora tan crítica para la historia de la civilización corresponde a los líderes de todas las naciones del mundo, grandes o pequeñas, de Oriente o de Occidente, vencedoras o vencidas, prestar atención al

toque de clarín de Bahá'u'lláh, e imbuidos por completo de un sentido de solidaridad mundial, condición sine qua non de lealtad a Su Causa, disponerse valientemente a llevar a cabo en su totalidad el único plan de recuperación que Él, el Médico Divino, ha prescrito para una humanidad doliente. Que descarten de una vez para siempre toda idea preconcebida, todo prejuicio nacional, y presten atención al sublime consejo de 'Abdu'l-Bahá, autorizado Expositor de Sus enseñanzas. Podrá usted servir mejor a su país —fue la respuesta de

'Abdu'l-Bahá a un alto funcionario del gobierno federal de los Estados Unidos de Norteamérica, quien

Le había hecho preguntas acerca de la mejor manera de favorecer los intereses de su gobierno y de su pueblo— si en su condición de ciudadano del mundo trata Ud. de colaborar en la aplicación futura del principio del federalismo, en que se basa el gobierno de su propio país, a las relaciones ahora existentes entre los pueblos y naciones del mundo.

En *El secreto de la civilización divina (Las misteriosas fuerzas de la civilización)*, destacada contribución de 'Abdu'l-Bahá a la futura reorganización del mundo, leemos lo siguiente:

«La verdadera civilización desplegará su estandarte en el propio corazón del mundo en cuanto cierto número de sus distinguidos y magnánimos soberanos —brillantes ejemplos de dedicación y determinación—, por el bien y la felicidad de toda la humanidad, se disponga con firme resolución y visión clara a establecer la Causa de la Paz Universal. Deben hacer de la Causa de la Paz el objeto de consultas generales, y por todos los medios a su alcance tratar de establecer una Unión de las naciones del mundo. Deben

concluir un tratado vinculante y establecer un pacto cuyas disposiciones sean sólidas, inviolables y definitivas. Deben proclamarlo a todo el mundo y conseguir para él la aprobación de todo el género humano. Esta suprema y noble empresa —verdadera fuente de paz y bienestar para el mundo entero— debería ser considerada sagrada por todos los que habitan la tierra. Todas las fuerzas de la humanidad deben movilizarse para asegurar la estabilidad y permanencia de esta Magna Alianza. En este Pacto omnímodo deberán fijarse claramente los límites y fronteras de todas y cada una de las naciones, establecerse definitivamente los principios fundamentales en que se basen las relaciones entre los gobiernos y determinarse todos los acuerdos y obligaciones internacionales. Asimismo, deberá limitarse estrictamente la magnitud de armamentos de cada gobierno, porque si se permitiera aumentar los preparativos para la guerra y las fuerzas militares de alguna nación, ello levantaría las sospechas de las demás. El principio fundamental que sustente a este solemne Pacto deberá ser fijado de modo tal que, si en lo sucesivo algún gobierno violare alguna de sus disposiciones, todos los gobiernos de la tierra deberán disponerse a reducirlo a completa sumisión; es más, la raza humana en su totalidad deberá adoptar la resolución, con todas las fuerzas a su alcance, destruir ese gobierno. De aplicarse éste, el mayor de todos los remedios, al cuerpo enfermo del mundo, sin duda se recuperará de sus males y permanecerá eternamente a salvo y seguro».

«Algunos, inconscientes de la fuerza latente en el empeño humano —agrega Él además—, consideran esta cuestión casi impracticable, incluso fuera del alcance de los máximos esfuerzos del hombre. Sin embargo, no es ese el

caso. Al contrario, en virtud de la infalible gracia de Dios, de la bondad de Sus predilectos, de los empeños inigualados de almas sabias y competentes, y de los pensamientos e ideas de líderes incomparables de esta época, absolutamente nada puede ser visto como inalcanzable. Se necesita empeño, empeño incesante. Nada que no sea una sólida determinación puede lograrlo. Más de una causa que en épocas anteriores se consideraba puramente imaginaria, hoy día, empero, ha llegado a ser muy sencilla y practicable. ¿Por qué esta magna y elevada Causa

—sol del firmamento de la verdadera civilización y causa de la gloria, el progreso, el bienestar y el éxito de todo el género humano— ha de ser considerada imposible de realizar? Con seguridad llegará el día en que su bella luz habrá de iluminar al conjunto de la humanidad».

LOS SIETE CIRIOS DE LA UNIDAD

En una de Sus Tablas, 'Abdu'l-Bahá, dilucidando más Su noble tema, revela lo siguiente:

«En ciclos pasados, aunque fuera establecida la armonía, sin embargo, debido a la falta de medios, no podría haberse logrado la unidad de la humanidad. Los continentes estaban muy distanciados; es más, incluso entre pueblos de un mismo continente eran poco menos que imposibles la asociación y el intercambio de ideas. En consecuencia, eran inalcanzables la intercomunicación, el entendimiento y la unidad entre todos los pueblos y linajes de la tierra. No obstante, en este día se han multiplicado los medios de comunicación y los cinco continentes de la tierra se han convertido prácticamente en uno solo. [...] Asimismo, todos

los miembros de la familia humana, ya sean pueblos o gobiernos, ciudades o aldeas, han llegado a ser cada vez más interdependientes. A ninguno le es posible ya bastarse a sí mismo, por cuanto los lazos políticos unen a todos los pueblos y naciones, y cada día se fortalecen más los vínculos del comercio y la industria, de la agricultura y la educación. De ahí que la unidad de toda la humanidad puede ser alcanzada en este día. En verdad, éste no es sino uno de los portentos de esta edad maravillosa, de este glorioso siglo. De ello fueron privadas todas las edades del pasado, pues este siglo —el siglo de la luz— ha sido dotado con una gloria, una iluminación y un poder únicos y sin precedentes. De ahí el milagroso despliegue de una nueva maravilla cada día. Con el tiempo se verá con cuánta luminosidad resplandecerán sus cirios en la comunidad de los hombres.

Mira cómo su luz despunta ahora en el oscuro horizonte del mundo. El primer cirio es la unidad en el dominio político, cuyos primeros destellos ya se distinguen. El segundo cirio es la unidad de pensamiento en tareas mundiales, la consumación de la cual pronto será presenciada. El tercer cirio es la unidad en libertad, la cual sin duda ha de llegar. El cuarto cirio es la unidad de religión, la piedra angular de los cimientos mismos, que, por el poder de Dios, será revelada en todo su esplendor. El quinto cirio es la unidad de las naciones, una unidad que seguramente será establecida en este siglo, haciendo que todos los pueblos del mundo se consideren a sí mismos como ciudadanos de una sola patria común. El sexto cirio es la unidad de las razas, que hará de todos cuantos habitan la tierra pueblos y linajes de una misma raza. El séptimo cirio es la unidad de idioma, es decir, la selección de una lengua

universal en que sean instruidos y conversen todos los pueblos. Inevitablemente habrá de acontecer cada uno de ellos, por cuanto el poder del Reino de Dios prestará ayuda y apoyo en su realización».

UN SUPERESTADO MUNDIAL

Hace más de sesenta años, en Su Tabla a la Reina Victoria, Bahá'u'lláh dirigiéndose al «concurso de gobernantes de la tierra» reveló lo siguiente:

«Reuníos a consultar y ocupaos sólo con lo que beneficie a la humanidad y mejore su condición, ojalá fuerais de los que inquietan con cuidado. Considerad al mundo como el cuerpo humano que, aunque al ser creado era sano y perfecto, ha sufrido, por diversas causas, graves trastornos y enfermedades. Ni un día logró alivio; más bien su dolencia se hizo más severa, puesto que cayó en manos de médicos ignorantes que, dando rienda suelta a sus deseos personales, han errado gravemente. Y si alguna vez, por el cuidado de un médico competente, sanaba un miembro de aquel cuerpo, el resto quedaba enfermo como antes. Así os informa el Omnisciente, el Sapientísimo. [...]Lo que el Señor ha dispuesto como el supremo remedio y el más poderoso instrumento para la curación del mundo entero es la unión de todos sus pueblos en una Causa universal, una misma Fe en común. Esto no puede lograrse sino por el poder de un Médico inspirado, competente y todopoderoso. Esto, ciertamente, es la verdad y todo lo demás no es sino error».

En otro pasaje más, Bahá'u'lláh agrega estas palabras:

«Vemos que aumentáis vuestros gastos cada año y cargáis su peso sobre vuestros súbditos. Esto, en verdad, es grave y totalmente injusto. Temed los suspiros y las lágrimas de este Agraviado y no impongáis cargas excesivas a vuestros pueblos. [...] Reconciliaos entre vosotros para que no necesitéis más armamentos, salvo en la medida que fuere necesaria para resguardar vuestros territorios y dominios. Estad unidos, oh reyes de la tierra, pues así será apaciguada la tempestad de la discordia entre vosotros y vuestros pueblos hallarán descanso, ojalá fuerais de los que comprenden. Si alguno de vosotros se levantara en armas contra otro, levantaos todos contra él, porque esto no es sino justicia manifiesta».

¿Qué otra cosa podrían significar estas importantes palabras que no fuera una referencia a la inevitable restricción de la soberanía nacional sin límites como medida preliminar indispensable para la formación de la futura Mancomunidad de todas las naciones del mundo? Debe necesariamente desarrollarse una forma de Superestado mundial, a favor del cual todas las naciones del mundo han de ceder voluntariamente toda prerrogativa de hacer la guerra, ciertos derechos de recaudar impuestos y todos los derechos de mantener armamentos, salvo con la finalidad de mantener el orden interno dentro de sus respectivos dominios. Dicho estado ha de incluir en su ámbito un poder ejecutivo internacional con capacidad para imponer autoridad suprema e incontrovertible a todo miembro recalcitrante de la mancomunidad; un parlamento mundial cuyos miembros sean elegidos por los habitantes de los respectivos países y cuya elección sea confirmada por sus respectivos gobiernos, y un tribunal supremo cuyos dictámenes tengan efecto obligatorio aun en los casos en que

las partes interesadas no decidan voluntariamente someter el caso a su consideración. Una comunidad mundial en la cual todas las barreras económicas sean derribadas de forma permanente y se reconozca definitivamente la interdependencia del capital y el trabajo; en la cual sea acallado para siempre el clamor del fanatismo y el conflicto religioso; en la cual sea finalmente extinguida la llama de la animosidad racial; en la cual un código único de derecho internacional —producto de un juicioso análisis de los representantes federados del mundo— sea oficialmente aprobado por la intervención instantánea y coercitiva de las fuerzas conjuntas de las unidades federadas; y, finalmente, una comunidad mundial en la cual el furor de un nacionalismo caprichoso y militante se haya transmutado en una perdurable conciencia de ciudadanía mundial: así es como se presenta, en líneas muy generales, el Orden previsto por Bahá'u'lláh, Orden que llegará a ser considerado el más hermoso fruto de una era en lenta maduración.

«Ha sido erigido el tabernáculo de la unidad — proclama Bahá'u'lláh en Su mensaje dirigido a toda la humanidad—; no os miréis como extraños los unos a los otros. [...] Sois los frutos de un solo árbol y las hojas de una sola rama. [...] La tierra es un solo país y la humanidad, sus ciudadanos. [...] No debe enaltecerse quien ama a su patria, sino quien ama al mundo entero».

LA UNIDAD EN DIVERSIDAD

Que no quede ninguna duda sobre el propósito que anima a la Ley universal de Bahá'u'lláh. Lejos de apuntar

a la subversión de las bases actuales de la sociedad, trata de ampliar su apoyo, de reestructurar sus instituciones en consonancia con las necesidades de un mundo en constante cambio. No puede estar en conflicto con ninguna lealtad legítima ni socavar lealtades esenciales. Su propósito no es ni sofocar la llama de un sano e inteligente patriotismo en el corazón de los hombres, ni abolir el sistema de autonomía nacional tan esencial cuando se busca evitar los males de un excesivo centralismo. No pasa por alto ni intenta suprimir la diversidad de orígenes étnicos, de climas, de historia, de idioma y de tradición, de pensamiento y de costumbres que distinguen a los pueblos y naciones del mundo. Requiere una lealtad más amplia, una aspiración mayor que cualquiera de las que la raza humana ha sentido. Insiste en la subordinación de móviles e intereses nacionales a las imperativas exigencias de un mundo unificado. Repudia el centralismo excesivo por una parte, y desaprueba todo intento de uniformidad por otra. Su consigna es la unidad en diversidad como el mismo 'Abdu'l-Bahá lo ha explicado:

«Considera las flores de un jardín: aunque son diferentes en tipo, color, forma y aspecto, sin embargo, por cuanto son refrescadas por las aguas de una sola fuente, son vivificadas por el soplo de una sola brisa, son vigorizadas por los rayos de un único sol, esta diversidad aumenta su encanto y realza su belleza. ¡Qué desagradable sería para la vista si todas las flores y plantas, todas las hojas y capullos, los frutos, las ramas y los árboles de ese jardín fueran todos de la misma forma y color! La diversidad de tonos, de forma y aspecto enriquece y adorna el jardín, y realza su efecto. De la misma manera, cuando se reúnen

diferentes matices de pensamiento, de temperamento y carácter, y se someten al poder y la influencia de un único organismo central, se revelarán y pondrán de manifiesto la belleza y la gloria de la perfección humana. Nada que no sea la potencia celestial de la Palabra de Dios, la cual gobierna y trasciende la realidad de todas las cosas, es capaz de armonizar los pensamientos, sentimientos, ideas y convicciones divergentes de los hijos de los hombres».

El llamamiento de Bahá'u'lláh se orienta principalmente contra toda forma de provincialismo, toda estrechez de miras y prejuicio. Si los ideales albergados durante largo tiempo e instituciones consagradas por la tradición, si ciertas convenciones sociales y fórmulas religiosas han dejado de fomentar el bienestar de la mayoría de la humanidad, si ya no satisfacen las necesidades de una humanidad en continua evolución, que se descarten y queden relegadas al limbo de las doctrinas obsoletas y olvidadas. ¿Por qué éstas, en un mundo sometido a la inmutable ley del cambio y el desgaste, iban a estar exentas del deterioro que debe necesariamente alcanzar a toda institución humana? Porque las normas legales, las teorías políticas y económicas han sido diseñadas únicamente para defender los intereses de toda la humanidad y no para que ésta sea crucificada por la conservación de la integridad de alguna ley o doctrina determinada.

EL PRINCIPIO DE LA UNICIDAD

Que no haya malentendidos. El principio de la Unicidad de la Humanidad —eje en torno al cual giran

todas las enseñanzas de Bahá'u'lláh— no es un mero brote de sentimentalismo ignorante o una expresión de esperanzas vagas y piadosas. Su llamamiento no ha de identificarse meramente con el renacer del espíritu de hermandad y buena voluntad entre los hombres, ni tampoco aspira tan sólo a fomentar la colaboración armoniosa entre los pueblos y naciones. Sus implicaciones son más profundas, sus postulados mayores que cualquiera de los que se Les permitió presentar a los Profetas de antaño. Su mensaje se aplica no sólo a la persona, sino que se refiere primordialmente a la naturaleza de las relaciones esenciales que deben vincular a todos los Estados y naciones como miembros de una sola familia humana. No constituye simplemente el enunciado de un ideal, sino que está inseparablemente vinculado a una institución capaz de encarnar su verdad, demostrar su validez y perpetuar su influencia. Implica un cambio orgánico en la estructura de la sociedad actual, un cambio tal como el mundo jamás ha experimentado. Constituye un desafío, audaz y universal a la vez, a las gastadas consignas de los credos nacionales, credos que han vivido su día y que, en el transcurso normal de los sucesos, según lo forma y controla la Providencia, deben abrir paso a un nuevo evangelio, fundamentalmente diferente de lo que el mundo ha concebido hasta ahora e infinitamente superior a ello. Requiere nada menos que la reconstrucción y la desmilitarización del conjunto del mundo civilizado, un mundo orgánicamente unificado en todos los aspectos esenciales de su existencia, maquinaria política, aspiraciones espirituales, comercio y finanzas, escritura e idioma, y con todo, infinito en la diversidad de las características nacionales de sus unidades federadas.

Representa la consumación de la evolución humana, evolución que ha tenido sus primeros inicios en el nacimiento de la vida familiar, su posterior desarrollo en la consecución de la solidaridad tribal, la cual condujo a su vez a la constitución de la ciudad-estado y después se extendió para convertirse en la institución de las naciones independientes y soberanas.

El principio de Unicidad de la Humanidad, según lo proclamó Bahá'u'lláh, lleva consigo ni más ni menos que la solemne afirmación de que el logro de esa etapa final en esta evolución formidable no sólo es necesario sino inevitable, que su realización se aproxima rápidamente y que nada que no sea un poder originado en Dios conseguirá establecerlo.

Tan maravillosa concepción halla sus primeras manifestaciones en los esfuerzos realizados a conciencia y en los modestos inicios ya hechos realidad por los seguidores declarados de la Fe de Bahá'u'lláh, los cuales, conscientes de la sublimidad del llamamiento que se les ha hecho e iniciados en los ennoblecedores principios de Su Administración, avanzan con firmeza para establecer Su Reino en esta tierra. Tiene su manifestación indirecta en la difusión gradual del espíritu de solidaridad mundial que espontáneamente está surgiendo del tumulto de esta sociedad desorganizada.

Sería inspirador seguir la historia del crecimiento y desarrollo de esta elevada noción que

progresivamente ha de llamar la atención de los custodios responsables de los destinos de pueblos y naciones. La noción de solidaridad mundial parecía no sólo remota sino también inconcebible a los estados y principados que habían surgido recientemente del tumulto

de la convulsión napoleónica, la principal preocupación de los cuales era, o bien recuperar el derecho a una existencia independiente, o bien alcanzar la unidad nacional. Sólo cuando las fuerzas del nacionalismo lograron derribar los cimientos de la Santa Alianza, la cual había intentado contener el creciente poderío de aquéllas, llegó a plantearse seriamente la posibilidad de un orden mundial que trascendiera en su alcance las instituciones políticas que habían establecido esas naciones. Sólo después de la Guerra Mundial, esos exponentes del nacionalismo arrogante comenzaron a considerar tal orden como el objeto de una perniciosa doctrina que tendía a minar la lealtad esencial de la cual dependía la existencia continuada de su vida nacional. Con un vigor que recordaba la energía con que los miembros de la Santa Alianza trataron de sofocar el espíritu de naciente nacionalismo entre los pueblos liberados del yugo napoleónico, estos paladines de la soberanía nacional sin restricciones, a su vez, trabajaron y siguen trabajando duramente por desprestigiar unos principios de los que, en última instancia, debe depender su propia salvación.

La enconada oposición que recibió el abortado esquema del Protocolo de Ginebra, el ridículo en que cayó la propuesta para formar los Estados Unidos de Europa presentada a continuación y el fracaso del plan general para la unión económica de Europa parecerían contratiempos en las tentativas que un puñado de visionarios está desplegando en aras de este noble ideal. Y con todo, ¿no se justifica que obtengamos renovado ánimo al observar que la sola consideración de tales propuestas es en sí misma una prueba de su continuo crecimiento en la mente y el corazón del hombre? ¿Acaso

no presenciamos en los intentos organizados que se llevan a cabo para desprestigiar tan elevada noción la repetición, a mayor escala, de esas agitadas luchas y feroces controversias que precedieron el nacimiento de las naciones unificadas de Occidente y tomaron parte en su reconstrucción?

LA FEDERACIÓN DE LA HUMANIDAD

Pongamos un ejemplo: ¡Qué seguras eran las afirmaciones hechas inmediatamente antes de la unificación de los estados del continente norteamericano acerca de las barreras infranqueables que cerraban el paso a su federación final! ¿No se declaraba amplia e insistentemente que los intereses contrapuestos, la desconfianza mutua y las diferencias de gobierno y costumbres que dividían a los estados eran tan grandes que ninguna fuerza, ya fuese espiritual o temporal, tendría jamás esperanza de armonizar o controlar? Y, con todo, ¡cuán diferentes eran las condiciones reinantes hace ciento cincuenta años de las que caracterizan a la sociedad actual! En realidad, no sería exagerado decir que la no existencia de los medios que el progreso científico moderno ha puesto al servicio de la humanidad de nuestro tiempo hacía que el problema de la fusión de los estados norteamericanos en una federación única, aunque algunas de sus tradiciones fuesen similares, constituyera una tarea muchísimo más compleja que la que afronta una humanidad dividida en sus intentos de lograr su unificación.

¿Quién sabe si, para que tome cuerpo una noción tan elevada, no tenga que sobrevenir a la humanidad un sufrimiento más intenso que todo el que ya ha padecido? ¿Acaso algo menor que el fuego de una guerra civil con toda su violencia y vicisitudes —una guerra que casi desgarró a la gran república norteamericana— podría haber fundido a los estados, no sólo en una unión de partes independientes, sino en una nación, a pesar de todas las diferencias étnicas que caracterizaban a sus componentes? Parece muy poco probable que una revolución tan esencial, que implica cambios de tan grande alcance en la estructura de la sociedad, pueda lograrse mediante el proceso normal de la diplomacia y de la educación. Sólo tenemos que volver la mirada atrás a la sangrienta historia de la humanidad para darnos cuenta de que tan sólo una intensa angustia mental y física ha podido precipitar esos cambios trascendentales que constituyen los más grandes hitos en la historia de la civilización humana.

EL FUEGO DE LA AFLICCIÓN

Aunque esos cambios del pasado fueron grandiosos y de gran alcance, al ser mirados en la perspectiva apropiada no parecen más que ajustes subsidiarios que prefiguran esa transformación de majestad y trascendencia sin paralelo que ha de sufrir la humanidad en esta era. Lamentablemente, se hace cada vez más evidente que únicamente las fuerzas de una catástrofe mundial pueden precipitar semejante nueva fase del pensamiento humano. Los hechos futuros han de

demostrar cada vez más la verdad de que tan sólo el fuego de una severa aflicción, de intensidad sin igual, puede fusionar y unificar las entidades discrepantes, que constituyen los elementos de la civilización actual, en los componentes necesarios de la comunidad mundial del futuro.

La profética voz de Bahá'u'lláh que, en los pasajes finales de las Palabras Ocultas, advierte «*a los pueblos del mundo*» que «*una calamidad imprevista los sigue y que un penoso castigo les espera*», francamente da un aspecto sobrecogedor al destino inmediato de una humanidad atormentada. Nada que no sea una abrasadora aflicción, de la cual la humanidad ha de salir purificada y preparada, puede conseguir inculcar ese sentido de responsabilidad que los conductores de una era naciente deben disponerse a tomar sobre sí.

Quisiera dirigir nuevamente su atención a las proféticas palabras de Bahá'u'lláh que ya he citado: «*Y cuando llegue la hora señalada, aparecerá súbitamente aquello que hará temblar los miembros del cuerpo de la humanidad*».

¿Acaso 'Abdu'l-Bahá mismo no afirmó en lenguaje inequívoco que «*estallará otra guerra, más feroz que la última [...] no hay ninguna duda acerca de ello*»?

De la consumación de esta empresa colosal e inefablemente gloriosa —empresa que frustró los recursos de los estadistas romanos y que los desesperados esfuerzos de Napoleón no pudieron lograr—, dependerá la realización final de ese milenio que los poetas de todos los tiempos han cantado y con el cual los visionarios han soñado largo tiempo. De ella dependerá el cumplimiento de las profecías anunciadas por los Profetas de antaño en

el sentido de que las espadas se convertirán en rejas de arado y morará el león con el cordero. Sólo ella puede marcar el comienzo del Reino del Padre Celestial previsto por la Fe de Jesucristo. Sólo ella puede echar los cimientos del Nuevo Orden Mundial prefigurado por Bahá'u'lláh, un Orden Mundial que ha de reflejar, aunque débilmente, el inefable esplendor del Reino de Abhá sobre esta tierra.

Una palabra más para concluir. La proclamación de la Unicidad de la Humanidad —piedra angular y principal del dominio omnímodo de Bahá'u'lláh— no puede ser comparada en ninguna circunstancia con expresiones de piadosa esperanza pronunciadas en el pasado. El Suyo no es meramente un llamamiento que Él formuló, solo y sin ayuda, frente a la oposición implacable y unificada de dos de los más poderosos potentados orientales de Su época, mientras Él era un exiliado y prisionero que estaba en sus manos. Supone a la vez una advertencia y una promesa: la advertencia de que en él reside el único medio de salvación de un mundo en gran sufrimiento, y la promesa de que su realización está cercana.

Pronunciado en una época en que sus posibilidades todavía no habían sido contempladas seriamente en ningún lugar del mundo, mediante esa potencia celestial que le ha insuflado el Espíritu de Bahá'u'lláh, ha pasado a ser considerado finalmente, por un creciente número de personas reflexivas, no sólo como una posibilidad cercana sino como resultado necesario de las fuerzas que hoy actúan en el mundo.

El Portavoz de Dios

El mundo, comprimido y transformado en un único organismo altamente complejo por el prodigioso progreso alcanzado en el ámbito de las ciencias físicas, por la expansión mundial del comercio y la industria, y que lucha sometido a la presión de las fuerzas económicas mundiales, entre los escollos de una civilización materialista, necesita desesperadamente un replanteo de la Verdad que está en la base de todas las Revelaciones del pasado en unos términos acordes con sus requisitos esenciales. ¿Y qué otra voz sino la de Bahá'u'lláh —el Portavoz de Dios para esta era— es capaz de efectuar una transformación tan radical de la sociedad como la que Él ya ha logrado en los corazones de esos hombres y mujeres, tan diversos y aparentemente irreconciliables, que constituyen el conjunto de Sus seguidores declarados en todo el mundo?

Pocos pueden dudar de que una noción tan grandiosa esté brotando rápidamente en la mente de los hombres, que se alzan voces apoyándola, que sus aspectos más notables han de cristalizar rápidamente en la conciencia de quienes tienen autoridad. Sólo quienes tienen el corazón corrompido por el prejuicio dejarán de advertir que sus modestos comienzos ya han tomado cuerpo en la Administración mundial con que están relacionados los seguidores de la Fe de Bahá'u'lláh.

Muy queridos colaboradores, nuestro es el deber primordial de continuar, con visión clara e infatigable fervor, colaborando en la construcción final de ese Edificio cuyos cimientos ha echado Bahá'u'lláh en nuestros corazones; adquirir renovada esperanza y fuerza de la

tendencia general de los acontecimientos recientes, por oscuros que sean sus efectos inmediatos, y orar con incansable ardor para que Él acelere la realización de esa Mirífica Visión que constituye la emanación más brillante de Su Mente y el hermosísimo fruto de la más bella civilización que el mundo jamás haya visto.

¿No podría el centésimo aniversario de la Declaración de la Fe de Bahá'u'lláh señalar el comienzo de una era tan vasta en la historia humana?

Su verdadero hermano,
SHOGHI

Haifa, Palestina,
28 de noviembre de 1931

Referencias sobre el autor:

Shoghi Effendi: Guardián de la Fe Bahá'í, nació en San Juan de Acre, Israel en 1897 y falleció en 1957; recibió formación académica en la Universidad Americana de Beirut y en la Universidad de Oxford, Inglaterra. Autor de distintas publicaciones como *Star of the West*, Revista publicada entre los años de 1910 a 1933 desde Chicago y Washington, D.C.; y otras traducidas al español como *El desenvolvimiento de la civilización mundial*, Buenos Aires, EBILA, 1972; *El advenimiento de la Justicia Divina*, Buenos Aires, EBILA, 1972; *El día prometido ha llegado*, Buenos Aires, EBILA, 1973; *La Dispensación de Bahá'u'lláh*, Buenos Aires, EBILA, 2da. Edición 1973, entre otras obras.